

# PREGON



**SEMANA SANTA  
EN GRANADA  
1993**

*Memoria, presencia y profecía*

ANTONIO. GONZÁLEZ DORADO S.J.



N esta hermosa mañana, en la que se encuentra el primer domingo de cuaresma con la festividad del día de nuestra Andalucía, y en este recinto excepcional de San Jerónimo, quiero que mi primera palabra sea de agradecimiento a todos los presentes por vuestra generosa presencia, y muy especialmente a la Real Federación de Hermandades y Cofradías por su inesperada y grata invitación para pregonar en nombre de todos vosotros la Semana Santa de Granada en este año del Señor de 1993.

Inesperada ha sido vuestra invitación por muchos motivos evidentes. Pero también porque nunca me imaginé como capataz de un paso cofradiero y mucho menos de toda una Semana Santa granadina. Y ser pregonero es ser capataz, marcando con tiempo los tres golpes secos del "llamaor", rezando la penúltima oración, y alertando a todas las Hermandades y a toda la ciudad con la fórmula ritual consagrada por el tiempo: "¡Ponersel!... ¡Que voy a llamar!" E inmediatamente: "¡¡A la ésta es!!". Y vosotros, como buenos costaleros, daréis la primera "levantá", la de la salida, hundiendo los hombros en las trabajaderas, con la decisión de celebrar cristiana y granadinamente una Semana Santa como Dios manda.

Detrás de la delicadeza y la audacia de vuestra invitación, rastreo como en un milagro el gesto de la providencia divina. Yo sentía la necesidad de agradecer públicamente a Granada lo mucho que le debo, y me habéis brindado una ocasión excepcional. No nací en nuestra ciudad, pero llegué a ella siendo niño. Granada me dió su acogida y mi primera formación cristiana: Colegio de los Hermanos Maristas, donde se nos transmitía la fe y la educación entre los muros de una antigua fábrica de chocolate; primera comunión en la Iglesia del Sagrado Corazón; testimonio de un pueblo, reunido en apretado silencio, alrededor del Cristo de los Favores en las tardes del Viernes Santo. Fue en Granada donde surgió mi vocación sacerdotal y religiosa. Fue en el tradicio-



nal Cercado de Cartuja donde estudié la teología, me ordené de sacerdote y celebré mi primera Misa. Inicié mi actividad sacerdotal entre nuestros universitarios granadinos, y recorriendo todos nuestros barrancos, desde el barranco de la Zorra hasta el del Beiro, donde se replegaba marginadamente nuestra comunidad troglodita, la de las cuevas, en momentos socialmente difíciles y complicados. En Granada, en cuyas cercanías de Santa Fe se habían firmado las capitulaciones entre una reina católica y un navegante soñador, recibí mi destino para América Latina, para el Paraguay, para poder descubrir desde la otra orilla la grandeza del pueblo y de su catolicismo popular. Y hoy me encuentro de nuevo en Granada, en este pregón de Semana Santa, para daros las gracias a los granadinos y sobre todo a la Virgen de las Angustias, que tan profundamente habéis marcado mi vida. Mi única credencial para aceptar este pregón ha sido mi agradecimiento.

Y quiero expresar mi agradecimiento en este día, descendiendo con vosotros al profundo misterio de la misteriosa e intimista Granada (tierra de santos y místicos, de poetas y artistas) y rescatando una de sus raíces más hondas, quizás la que más ha marcado nuestra cultura y estilo: nuestra fe en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Enseña la Antropología Cultural que, una de las maneras más acértadas para conocer el ser y la interioridad de un pueblo, es analizando sus fiestas y celebraciones. Y los granadinos tenemos tres grandes fiestas locales y populares, que fielmente celebramos todos los años: el día de las Cruces en el mes de Mayo; la del Corpus Christi en Junio, y la de la Virgen de las Angustias en Septiembre. Son tres fiestas que, simultánea y paradójicamente, cantan la muerte y la vida, el dolor y la esperanza, el sufrimiento y la alegría. Son tres fiestas, típicamente religiosas y cristianas, que manifiestan y expresan la religiosidad y la fe de nuestro pueblo, aunque a veces se oculte soterrada por el pudor y el intimismo granadinos. No son tres fiestas heterogéneas y dispersas, sino unificadas y directamente conectadas con el misterio que celebramos los cristianos en la Semana Santa. Nuestros cofrades apuestan y sueñan para que todo el año sea Semana Santa. Y Granada les responde, con sus fiestas y celebraciones, que en lo más profundo de su ser todo su año es Semana Santa.

Por eso Granada, sin ceder a imitaciones fáciles, ha sabido labrar durante cinco siglos su original Semana Santa, sin pretensiones de atraer al turista, sino con el único objetivo de celebrar comunitariamente su fe en Cristo muerto y resucitado, pero enmarcándola en la maravilla de su paisaje, y expresándola con la hondura de su sentimiento humano y religioso, y con las características propias de la cultura granadina. Hoy, con actualizado tecnicismo teológico, podemos afirmar que la fe se ha inculturado en Granada y, de una manera privilegiada, en su Semana Santa.

Ya hace años, Marino Antequera confirmaba acertadamente este hecho, cuando distinguía dos formas de celebrarla en las distintas regiones de España: "Las que empapan sus procesiones en el sentir de la calle y las que llevan a ella el espíritu recoleto y la devoción del templo". Y añadía: "Las procesiones de Granada son de estas últimas. Tratan hacer de la calle iglesia y del gentío fieles, y cumplen, sobre todo, finalidades proselitistas y de apostolado. Esto eleva su significación y les da un mayor valor estético".



Y creo recoger vuestro sentir, si afirmo que nuestra Semana Santa no puede ni debe ser de otra manera, que como la intuía Marino Antequera, si queremos que continúe siendo cristiana y granadina. Y es que todo nuestro paisaje y contorno se abre ante nosotros como un sorprendente templo cósmico: rodeado de sierras azules y blancas, en las que se hace presente El Saddai, el antiguo nombre bíblico de Dios de las montañas; cubierto por la bóveda del cielo, que nos remite el Padre celeste; asentado sobre la amplia y abierta vega, bendecida por ríos y fuentes de agua viva, que la transforman en tierra fecunda; iluminado en sus amaneceres y en sus atardeceres por una luminosidad misteriosa y densa, que nos remite al Dios que es la Luz. Y es en ese templo donde se generan el silencio poético, el intimismo y la religiosidad de la comunidad granadina, no siempre correctamente comprendida por los extraños.

En medio de ese paisaje y de este ambiente casi sagrados, emerge todos los años, bajo la luna nueva de la Pascua, nuestra Semana Santa para proclamar ante el pueblo la Palabra definitiva y salvadora de Dios: Jesucristo. Dice el cantar:

*Silencio, Granada. Escucha:  
Ese parpadeo de velas  
es que Dios va por la calle,  
muerto ya, porque te ama.*

Son ocho largos días, del Domingo de Ramos al de la Resurrección, en los que nuestra comunidad cristiana, con el fervor de las Hermandades y cofradías, saca de nuestras recoletas iglesias y conventos la Palabra de Dios, el Evangelio, tallado en imágenes y compuesto en pasos, para proclamarlo y visualizarlo en medio de nuestro templo cósmico, para que todo el mundo lo oiga y lo vea, abriendo la posibilidad de una renovación de la fe que termine con la oración del poeta:

*Pedirte por el que yerra,  
por tu perdón, darte gracias,  
por tanto amor derramado,  
por recoger nuestras ansias,  
porque entre tantas tinieblas  
eres tú nuestra esperanza.*

Nuestra Semana Santa es seria y profunda, como debe ser. También es compleja. Tan compleja que algunos, analizándola desde una sola de sus dimensiones, intentan reducirla a un fenómeno estrictamente cultural de nuestra ciudad. Y es cierto que ella pertenece a nuestra cultura y a nuestro calendario ciudadano. Pero también es verdad que nadie puede explicarla ni comprenderla si no ha penetrado en su interioridad, si no ha logrado encontrarse con el misterio de la fe de un pueblo creyente que la ha generado, que la ha modelado a través del tiempo, que la ha mantenido durante cinco siglos, e incluso que es capaz de cuestionarla en sus expresiones y manifestaciones hasta conseguir que, sin dejar de ser granadina y popular, sea simultáneamente transparencia del mensaje del Evangelio, presencia viva y auténtica del caminar de Cristo y de la Virgen por las calles y los barrios de Granada; la Nueva Jerusalén, en el decir de nuestros antepasados.



Por este motivo, yo quisiera, en esta mañana del primer Domingo de Cuaresma, adelantar proféticamente la Semana Santa de este año, y salir con vosotros a contemplar y vivir las procesiones de nuestras treinta Hermandades y Cofradías.

Pero, me parecería un fracaso si sólo consiguiéramos contemplarlas y vivirlas desde la exterioridad, como el que asiste desde fuera a un magnífico espectáculo sin penetrar en el hondón de su alma, como diría San Juan de la Cruz, el místico y el poeta de nuestro Campo de los Mártires. Es necesario vivirlas y contemplarlas desde dentro, desde su interioridad creativa, con el corazón cristiano y granadino de los verdaderos cofrades, de las auténticas Hermandades, de nuestra fiel comunidad eclesial, de los que siguen experimentando con San Pablo, el apóstol marcado por el misterio de la muerte y resurrección de Jesús, que "no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí". Y es que nuestra Semana Santa no se puede entender ni vivir si no es desde el Corazón de Cristo, y en la medida en que éste se hace presente en nuestros corazones cristianos y granadinos.

De la Semana Santa popular y cofradiera de Granada solamente puede hablar un cofrade cuando canta de verdad:

*¡Cuánto te amo Señor,  
y cómo quiero a tu Madre,  
Angustias del Mayor Dolor!*

Y cuando este cofrade, envuelto en su túnica penitencial y solidariamente unido con los otros miembros de su Hermandad, inicia el lento caminar de su procesión siente que está expresando, como en un símbolo, su decisión permanente de responder al llamamiento de Jesucristo: "El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga". Y en su memoria agradecida se llena de recuerdos de una larga tradición cristiana y granadina, en la que queda enmarcado este momento privilegiado de su vida. Y observando la realidad que lo envuelve y soñando con las generaciones futuras de Granada, se va preguntando en su caminar, tras las imágenes de su Cristo y de Su Virgen, cómo hacer de su Hermandad y Cofradía una comunidad cada vez más auténticamente cristiana, y de la popular Semana Santa un signo de identidad y de esperanza para toda la ciudad. Sólo un cofrade de verdad puede hablarnos y descubrirnos el profundo misterio de nuestra Semana Santa granadina.

Tomando la palabra madura y silenciosa de tantos anónimos cofrades, que lo son de verdad, yo quiero pregonar la Semana Santa de este año, recordando el antiguo y cercano pasado, que la hacen posible, saliendo al encuentro de nuestras procesiones de hoy, y mirando hacia un futuro de renovación y de superación al que todos aspiramos como Iglesia y como granadinos.

Nuestra Semana Santa contemporánea no es un invento de hoy. Es el florecer de una semilla, que se sembró en Granada hace quinientos años, y que a través de los siglos se ha ido desplegando como un poema por el entusiasmo y el cuidado de los propios granadinos, aunque no sin pasar por tiempos de



bonanza y por épocas de devastadoras tormentas, integrando en su propia historia y en su propia carne el misterio de muerte y resurrección que celebra.

Todo comienza el dos de enero de 1492. Simbólicamente no penetraron en ese día en la ciudad los reyes castellanos, sino sólomente una cruz, que quedó entronizada en la Sala de Embajadores de los palacios nazaríes de la Alhambra. Desde nuestra actual perspectiva histórica y teológica me atrevo a decir que en aquella cruz, misteriosa y cuestionadoramente, se daban cita, en la carne del crucificado, el dolor y el sufrimiento del pueblo musulmán vencido, y la victoria de los cristianos vencedores. Sobre el conflicto sangriento de los pueblos, en ese día se alzaba como en un paso de Semana Santa, el Jesús crucificado, proclamado por el Evangelio como Hijo de Dios y respetado por el Corán como profeta, queriendo promover una paz fraternal y justa entre los hermanos de dos religiones, fundada al menos en una convivencia respetuosa, como se había firmado en las capitulaciones. La nueva Granada de 1492 se inauguraba, de esta manera, como en un Viernes Santo, sobre un misterio de Pasión y sobre una proclama de paz, tan difícil de entender y de aceptar, incluso por los propios cristianos, como demuestra la historia.

Días después, el cinco de Enero, entran los Reyes Católicos en la ciudad, bendiciendo en primer lugar una mezquita como templo cristiano, la actual iglesia de San Juan de los Reyes, para poner en ella una cruz, y encargando para la capilla mayor un retablo del descendimiento de la cruz a los brazos de María. ¿Será arbitrario ver aquí el origen de la devoción de los granadinos a la Virgen de las Angustias? Ya en el año 1501, cerca de las riberas del Genil, se labra la ermita de las Santas Ursula y Susana, para rendir culto a una tabla de la Quinta Angustia de Nuestra Señora.

Así, con una fe centrada en el Cristo Crucificado y en la Virgen de las Angustias, hace su asentamiento en Granada la primera comunidad cristiana, dejando marcada la ciudad con un espíritu de Semana Santa.

Pero todo estaba por hacer, y corrían tiempos de relajación y reforma. En estas circunstancias, y con el aliento de toda novedad que comienza, la fe de aquellos primeros granadinos cristianos se llenó de dinamismo y creatividad, con el objetivo y la esperanza, como consigna Andrés Bernaldez, de "que si los padres no fuesen buenos cristianos, que los hijos de sus hijos y biznietos lo serían".

En este contexto de fe y de entusiasmo, lenta y progresivamente se va construyendo año tras año, durante todo el siglo XVI, la primera Semana Santa popular granadina, la que van recordando, en comunión de espíritu y de historia, nuestras cofradías de hoy en su marcha procesional.

Con su mentalidad de cruzados de aquellos tiempos, los primeros granadinos cristianos quisieron transformar toda la ciudad en una Nueva Jerusalén. Para su imaginación el escenario era perfecto: ciudad cercada por una muralla; con colinas exteriores e interiores, sobre las que se edificaba su caserío; estrechas y blancas callejas morunas, que arriesgadamente descendían desde el Albaicín, siempre dominadas por las fortalezas y palacios de la Alhambra; y una densa población original y autóctona, con una lengua misteriosa, con costumbres y vestuarios que hacían presente el mundo del cercano Oriente.



Para aquellos primeros cristianos, asentarse en Granada era asentarse en Jerusalén, la ciudad de la Semana Santa. Y para hacerla nueva sólo era necesario una cosa: bautizarla.

Por eso decidieron hacer una Catedral que fuera recuerdo y presencia del Santo Sepulcro. Simultáneamente, en toda la ciudad, se levantaron cruces y calvarios. Las mezquitas progresivamente se transformaron en parroquias, e incrustados o rodeando al tradicional caserío nazarí, se fueron edificando conventos de frailes, cenobios de monjas y ermitas devocionales. Muchos de ellos, se constituirán en el ambiente matriz en el que se generarán las primeras Hermandades y cofradías granadinas; San Francisco en la Alhambra, Santa Cruz la Real y Santiago en el Realejo; la Ermita de Santa Ursula, precedente de la Iglesia de las Angustias; junto al Genil; San Jerónimo, y posteriormente la Merced en el camino de Elvira; San Francisco de la Casa Grande y el Convento de la Victoria, de los Mínimos, en la parte más alta del Albaicín; el convento de los Trinitarios, cercano a la alhóndiga del trigo; y el de San Antonio Abad, de los terciarios franciscanos, y el de Nuestra Señora de la Cabeza de los Carmelitas Calzados, sin olvidar el del Campo de los Mártires de los Carmelitas Descalzos, y el de San Agustín, del que hoy sólo queda un solar testigo junto a la Gran Vía.

Mientras urbanísticamente se remodelaba la Nueva Jerusalén, era necesario establecer la gran celebración religiosa de la ciudad. Como recientemente ha escrito José Szmolka, "pronto, quizá desde los decretos de 1502, el día del Santísimo Corpus Christi se convirtió en la principal festividad de la ciudad, la que descollaba con luz propia sobre todas las demás". Y con extraordinaria finura de historiador, trata de descubrir el motivo de esta sorprendente elección, destacando la pastoral delicada y conciliadora del primer Arzobispo de Granada, Fray Hernando de Talavera, que buscó la devoción más anicónica del cristianismo por respeto a la idiosincrasia de la población vencida. Pero creo que podemos añadir otra razón. Aquellos granadinos cristianos nunca pensaron hacer de su Nueva Jerusalén un museo con recuerdos del pasado, sino una Jerusalén penetrada de vida y de realidad. Y es precisamente en la Eucaristía, donde afirma la fe cristiana, que se encuentra Cristo realmente presente, actualizando su muerte y su resurrección (los misterios de la Semana Santa) y promoviendo paz y fraternidad entre todos los hombres. Sólo la Eucaristía, especialmente celebrada en la festividad del Corpus, podía constituirse en la fuente y en la cumbre de la nueva Granada, en el centro generador y vivo de la Nueva Jerusalén, en el impulso creativo y escondido en lo más hondo del corazón de los granadinos, que tanto sintonizan por su manera de ser con los versos de Juan de la Cruz:

*En la noche dichosa,  
en secreto que nadie me veía,  
ni yo miraba cosa  
sin otra luz ni guía  
sino la que en el corazón ardía.*

Así nacieron las Hermandades Sacramentales, antecedente acertado de las primeras cofradías de penitencia que se fundarán en el siglo XVI, teniendo entre sus finalidades hacer visible y tangible durante la Semana Santa ante todo el pueblo la historia y los misterios escondidos en la Eucaristía.



Entre 1540 y 1580 se fundan diez Hermandades de Penitencia, que se constituyen en un modelo para el futuro y que estructuran nuestra primera Semana Santa popular.

Son comunidades cristianas, en las que libre y fraternalmente se agrupaban los que querían, con tres fines bien definidos, como aparece en el texto de sus antiguas y minuciosas reglas.

El primero de estos fines era "para conmemoración y recordanza de la crudelísima Pasión suya y del tan voluntario derramamiento de toda su sangre que por compra del género humano le plugo dar". Se proponían dos medios: una seria participación litúrgica en sus propias sedes durante todo el año, y la devota y dramática procesión por las calles de Granada, en estrecha conexión con las celebraciones litúrgicas propias de la Semana Santa.

Tenían como segundo fin, traducido en palabras de hoy, la formación permanente de los propios cofrades, ayudándoles en su progresivo crecimiento espiritual y cristiano.

Tercero, la atención eficaz a los problemas humanos y sociales de la ciudad, como lo realizaron algunas cofradías mediante la construcción de hospitales.

Alentadas con este espíritu, aquellas cofradías de ayer construyeron, con cuidado de orfebres y con fervor de cristianos, el primer modelo vivo de Semana Santa popular para la Nueva Jerusalén.

¡Quién pudiera romper la niebla que nos oculta los tiempos pasados, lejanías de nuestro nacer, para acompañar como penitentes asombrados los pasos de aquellas procesiones de la Granada del siglo XVII! Sólo podemos acercarnos a ellas tímidamente, dejando libres el corazón y la imaginación para reconstruirlas como en un ensueño cargado de nostalgias. Yo os ofrezco austeros datos, recogidos de serios historiadores. Vosotros seréis los artistas, los únicos capaces de transformar el dato en realidad resucitada después de tantos años.

El Miércoles Santo era despertar a la Semana Santa, con dos procesiones penitenciales que ponían en pie a toda la ciudadanía, pregonando que se iniciaba el drama de la pasión por las calles de Granada.

La primera, a las dos de la tarde, arrancaba de la cabecera del Albaicín, del convento de la Victoria, recorriendo sus sorprendidas calles morunas y bajando sus cuestas empenidas, buscando el Santo Sepulcro de la Catedral. La Cofradía se llamaba de la Santísima Humildad y Paciencia de Jesucristo, acompañando la imagen de un Ecce Homo, que pronto sería sustituida por la actual del Jesús de la Sentencia.

Desde el llano ribereño del Genil, de la ermita de San Antón el Viejo, la Cofradía de la Oración del Huerto, a las cuatro de la tarde, se ponía en marcha, haciendo las obligadas estaciones, también para terminar en la catedral.



El Jueves Santo se celebraba con cuatro procesiones. Era día de Cristos Crucificados y de Vírgenes Dolorosas, intentando concentrar la atención y ahondar el sentimiento devoto de una ciudad ensimismada en el Calvario.

Cofradía del Santo Crucifijo y de la Sangre de Cristo, establecida en el convento dominico de Santa Cruz la Real. cofrades con túnicas negras y frailes con hábitos blancos, haciendo escolta a un Cristo, que durante años procesionó nuestra Hermandad del Rosario, y a una Dolorosa.

Cofradía de las Angustias y Transfixión de Nuestra Señora. Su caminar era a la caída del sol, con penitentes disciplinantes, que iban saliendo de la ermita de las Santas Ursula y Susana, ubicada donde actualmente se encuentra nuestra basílica. Junto al Cristo destacaba una conmovedora talla de la Virgen de la Quinta Angustia.

Desde el camino de Elvira, al que hoy llamamos calle Real de Cartuja, desde el convento de la Merced, descendía hasta la ciudad, traspasando sus murallas, la Cofradía que también se titulaba de la Sangre del Señor, con un Crucificado acompañado por la Virgen de la Merced.

Y la Cofradía de la Vera Cruz, la cofradía matriz, fundada en 1540 en el convento de San Francisco de la Casa Grande, con sus hermanos marcados con cruces verdes sobre sus hábitos, y con sus numerosas cofradas que cerraban la procesión.

Viernes Santo. La ciudad se transformaba en Jerusalén. La evangélica historia de ese día, se hacía drama y presencia seguida silenciosamente por todos los granadinos, transformados en testigos directos del acontecimiento.

Son las cuatro de la madrugada. Campo de los Mártires. Convento interiorizado por la mística de Juan de la Cruz. Cofradía de Jesús Nazareno y Santa Elena. Se abre el amanecer con un Cristo que marcha al Calvario y una Dolorosa que lo encuentra y acompaña. Era cortejo en silencio y sin disciplinas, con hermanos que se llaman nazarenos, co túnicas moradas, ceñidos con sogas de esparto, descalzos y cargados con su cruz, imitando al Cristo al que acompañaban. Dos niños de tiempo en tiempo repetían: "¡Esto se hace en remembranza de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo!".

A las ocho de la mañana, la Cofradía de la Sagrada Pasión de Cristo, establecida en el Convento de la Santísima Trinidad desplegaba el misterio completo, con "todos los pasos de nuestra humana redención", como deja consignado Henríquez de Jorquera en sus crónicas.

Del convento de San Agustín, a las dos de la tarde, salía una Hermandad muy humilde y pobre, pero con un titular definitivo: Cofradía de la Santa Expiración de Jesucristo, portando un Crucificado y una Dolorosa, a la que llamaban Nuestra Señora de la Paz.

En la cuesta de Gómezz se abrió el primer convento de Carmelitas Calzados. En él se fundó en 1550 la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y Entierro de Jesucristo. Recorría nuestras calles con "el Señor de la Sábana"



(tallado por Pablo de Rojas, y cuidado con veneración por la actual Cofradía que hoy nos acoge en esta mañana en esta iglesia de San Jerónimo), con una Virgen de la Soledad, y con una cruz con sudario.

Después, la oración y el silencio del Santo Sepulcro catedralicio, el lento esperar de un Sábado Santo litúrgico, y el amanecer del Domingo en el que la alegría de todas las campanas de la ciudad anunciaban que Cristo había resucitado, y que la muerte había sido vencida.

Cofradías y pueblo por las calles de Granada reviviendo la Pasión. Mientras tanto, en escondidos y recoletos talleres, otros granadinos, místicos y artistas al mismo tiempo, iban tallando con sus manos, día a día, Vírgenes y Cristos que misteriosamente aparecían en lo más profundo de su alma, intuyendo que eran respuesta a la fe y a la manera de ser de nuestra tierra, la Nueva Jerusalén. Era el nacer de nuestra propia escuela religiosa y escultórica, netamente andaluza y granadina, como acertadamente la ha calificado Juan Jesús López Muñoz. Andaluza, porque en su imaginería de pasión los artistas supieron recoger la esperanza de salvación que obsesiona a nuestro pueblo, buscándola en el dolor de los Cristos y de las Vírgenes, dolor que habla de esperanza y resurrección. Pero también supieron incorporar en las tallas religiosas el espíritu granadino, privilegiando las esculturas solitarias y exentas, expresivas de una emoción honda y serena, invitando a establecer un silencioso e íntimo diálogo con quien las contempla y ora ante ellas.

La escuela de aquellos artistas del siglo XVI nació con tanta fuerza que, perpetuándose a través de los siglos, todavía hoy continúa siendo realidad en Granada. No es el momento de citar a nuestros grandes imagineros, cuyos nombres son conocidos por todos. Con devoción y agradecimiento, muchas de sus imágenes fueron y son recogidas por nuestras cofradías. Sólo quiero recordar una, la más antigua que durante años ha procesionado desde el Albaicín, aunque hoy sólo salga su excelente réplica para evitar su deterioro: Nuestro Padre Jesús del Perdón, tallado por Diego de Siloé, el mejor de nuestros escultores en el segundo tercio del siglo XVI. Y que marcha acompañado por una Virgen de la Aurora del siglo XVIII, a quien le canta el pueblo:

*¡Párala ahí, costalero!,  
que he de subir a ese paso,  
y en mis manos un pañuelo  
se fundirá con abrazo  
secando lágrimas al cielo  
que es, de mi Aurora, su pallo.*

Al terminar el siglo XVI, el proyecto original que se había abierto en 1492 de transformar la ciudad de Granada en una Nueva Jerusalén se había hecho realidad, alcanzando su máxima expresión en dos momentos privilegiados del año: el Corpus Christi y la Semana Santa, con sus Hermandades y Cofradías, con sus procesiones y sus imágenes, con su paisaje y urbanismo original y propio, y sobre todo con la fe y la esperanza de un pueblo, que había logrado definir su propia identidad estrechamente trabada con el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo y de su Evangelio, buena noticia para todos los hombres de buena voluntad.



Hermandades y Cofradías de Granada: Este es vuestro origen y vuestra fuente. Esta es vuestra herencia, herencia que es también de toda la ciudad, y que ningún granadino puede olvidar cuando mirando al futuro se decide y compromete a construir una Granada mejor, sin dejar de ser Granada. No pueden crecer los árboles cuando olvidan y arrancan sus raíces.

Bajo el amplio arco del puente, que une a nuestras Hermandades y Cofradías de hoy con las del siglo XVI, corre el caudal de tres siglos, reflejando todavía en sus aguas una larga historia de vida y de muerte. La Semana Santa popular, que con tanta fe y cuidado habían sembrado los primeros granadinos en su Nueva Jerusalén, soñando hacer con ella a los hijos de sus hijos más cristianos, fue creciendo y floreciendo, con sus dificultades y sus problemas, en la primavera de los siglos XVII y XVIII. Después, los tiempos cambiaron y se inició un largo invierno durante el siglo XIX. Nuestros Cristos y Vírgenes más tradicionales de la Semana de Pasión se fueron enclaustrando en nuestras iglesias, donde llegaban sus devotos, llevándoles su fe y sus dolores, y recordándoles el nostálgico paisaje de las calles de Granada. Poco a poco se fueron disgregando las antiguas Hermandades y Cofradías de Penitencia. Y parecía que la ciudad se había olvidado que sus padres la habían bautizado con el nombre de la Nueva Jerusalén. Epoca de Sábado Santo, pero marcado con el Santo Sepulcro de nuestra Catedral y por la espera silenciosa de un pueblo creyente y sabio que, apoyado en su experiencia, no ignora que los crudos inviernos son presagio de fértiles primaveras en la vega, y que, ahondando el misterio de su fe, descubre incrustada en la oscuridad de la muerte la esperanza de la resurrección.

Y vosotros sois los testigos del milagro en este último decenio de nuestro siglo XX, con vuestras treinta Hermandades y Cofradías, que quieren ser Cofradías de verdad (con el espíritu de las que se fundaron en el siglo XVI, y con las novedades de una Iglesia renovada en nuestro tiempo), y que con tanto esfuerzo e ilusión os empeñáis por hacer de nuestra Semana Santa de 1993, una Semana Santa cristiana y granadina, cercana a nuestro pueblo, impulsora de fe y de esperanza, promotora de auténticas solidaridades como las vividas por Cristo y por la Virgen, reflejadas en nuestras mejores imágenes.

Repasar el renacimiento de nuestra Semana Santa popular y el surgir de cada una de nuestras hermandades, sería introducirse en un apasionante camino de luz. Simbólicamente de 1917 a 1930 son doce las Cofradías que se fundan, como lo fueron los doce primeros discípulos y apóstoles de Jesús, testigos de su muerte y resurrección, agrupados en el Cenáculo alrededor de la Virgen María. Otras ocho Hermandades surgen de 1930 a 1960. Y sólo en los últimos años, desde 1975, diez nuevas Cofradías han nacido, llenas de juventud y de novedades.

Pero, como buenos cofrades, ya es tiempo, después de haber recordado nuestro origen y nuestra tradición, incorporarnos a la marcha de nuestras procesiones, con nuestros cirios encendidos, cuyas llamas parpadeantes muestran el fuego de fe escondido dentro de nuestro corazón, y cuya cera gastada es decisión de entregar nuestra vida al servicio de todos nuestros hermanos, como primero lo hicieron nuestro Cristo y nuestra Virgen, a los que seguimos con veneración.



Hay muchas maneras de contar y de cantar nuestra Semana Santa popular. Como la cuenta el curioso, sorprendido en mil detalles, o como la canta el poeta enfrentado por el arte y el misterio. Yo os la quiero contar y cantar con los ojos y el sentimiento de un teólogo que sabe que nuestro pueblo no sólomente es creyente, sino que también hace teología, teología de su Cristo y de su Virgen, teología del varón y de la mujer. Teología que el pueblo la expresa con imágenes y con títulos y nombres para desvelar su misterio. Teología que el pueblo desarrolla con gestos, cantes y poesías, donde se entrelazan su fe y su historia, sus creencias y su manera de ser, sus dolores y sus esperanzas.

Aparentemente, cada Hermandad y Cofradía es original e independiente. Pero sois constelaciones de un sólo cielo cristiano y granadino que, en vuestros últimos setenta años de renacer, habéis sabido escribir coherente y popularmente un libro de teología, con ocho capítulos, para que durante la Semana Santa lo lea toda Granada.

Domingo de Ramos. Se abre el libro de los siete sellos.

Parroquia de San Andrés, a las cuatro de la tarde, en nuestra calle de Elvira. Las puertas están cerradas. Desde la Alhambra llega una comitiva que respetuosamente llama tres veces, para entregarle al que viene la llave alhambrena de la ciudad. Y sale Jesucristo, montado en una borriquilla como nuestros antiguos jornaleros granadinos, entre palmas, cofrades y niños vetidos de hebreos, para cruzar la puerta de Elvira. Y Granada, recordando su pasado y mirando su presente, le pregunta al Cristo con la palabra acertada de Enrique Seijas:

*Moderna Jerusalén,  
arco de piedra de Elvira,  
dime, Jesús, ¿dónde vas  
por entre olivos y palmas,  
entre vítores y hosannas?*

Y la respuesta no se hace esperar. En Santo Domingo, la cofradía, vestida de rojo y blanco, muestra al Cristo de la Eucaristía, al de la Santa Cena, entregando pan y vino para los hambrientos y los sedientos, como lo hizo con sus discípulos, que lo acompañan en el paso. Cristo viene a Granada, sentado en la borriquilla, para tallar con sus manos, con su cuerpo y con su sangre, con su vida, una comunidad nueva, que acoge como consigna la palabra del Señor: "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como Yo os he amado", recalcando a continuación: "Nadie ama tanto como el que es capaz de entregar su vida por sus amigos".

¿Hermosas palabras sin contenido? Se abren las puertas de la Iglesia del Sagrario y Cristo, tallado por Antonio Dubé de Luque, se transforma en el Cautivo. En la historia de su prendimiento, trae el recuerdo de aquella antigua cofradía de los negros y mulatos de la ciudad. Se hizo cautivo entre los cautivos, para consolarlos y liberarlos de su esclavitud.

Por eso lo condenaron injustamente, mientras un juez cobarde se lavaba las manos, porque no quería complicarse la vida, liberando a un inocente Dios



y Hombre que apostaba por la liberación de los cautivos. Y José de Mora talló al que hoy llamamos el Jesús de la Sentencia, al que no se vuelve atrás, caminando silencioso por la Carrera del Darro, proclamando su entrega y denunciando la sentencia, aunque le cueste la vida.

Los Cristos no marchan solos en este Domingo de Ramos, apertura de la Semana Santa. Todos van acompañados de una Virgen, la Virgen María, con el corazón cargado de angustias y de esperanzas. La teología popular granadina las ha bautizado en ese día con cuatro nombres: Encarnación, es decir maternidad, Paz, Victoria y Maravillas. Es una síntesis cultural y teológica de cómo Granada intuye a la mujer, a la mujer ideal, que se hace realidad y plenitud en la Madre de Dios, que acompaña a su Hijo y a sus hijos en la semana santa de la vida. Y sus hijos le cantan diciendo:

*Virgen de las Maravillas,  
deja tu llanto en el cielo...,  
que por secar tus dolores,  
Granada se hizo pañuelo  
de espumas y ruiseñores.*

Tras la gran lección inaugural del Domingo, es el momento de ir desarrollando cada día, paso a paso, la profundidad de los misterios, a través de contemplaciones, como las llamaría Ignacio de Loyola a nuestras procesiones.

El Lunes Santo se concentra en el Huerto de los Olivos. Desde un convento de clausura, lentamente por la calle de Santiago, avanza la Cofradía de la Oración de Nuestro Padre Señor en el Huerto de los Olivos. Oración que es clamor de sufrimiento del hombre, y oración que es fortaleza y aliento del ángel de Dios.

El prendimiento en el Huerto, saliendo de la Magdalena, cobra todo su sentido salvífico con el nombre que le dieron los Trinitarios y que nuestro pueblo inmediatamente aceptó: Nuestro Padre Jesús del Recate, fijos los ojos en una historia de cautivos que esperaban la ayuda de la comunidad cristiana.

En ese contexto de Huerto de los Olivos, (oración y prendimiento), Granada, a la Virgen que sale del Convento de las Bernardas, la llama de los Dolores, y es María Santísima de la Amargura la que baja del Realejo, para que nadie se olvide que

*María siempre es la misma,  
que aun teniendo nombres varios,  
María siempre es Dolores  
junto a la cruz del Calvario.*

Martes, Miércoles y Jueves Santos. Despacio, muy despacio he contemplado y meditado estos tres complejos días de nuestra Semana Santa granadina. Tres días, en los que los mismos misterios de la Sagrada Pasión se van repitiendo insistentemente por las diferentes Hermandades y Cofradías, pero siempre avanzando en profundidad y en hondura, como lluvia mansa que



lentamente penetra en el corazón de Granada, y como estrofas de una canción silenciosa que quiere despertar su fe dormida.

El cuadro evangélico queda claramente delineado: Pretorio de Pilato, calle de la Amargura y Calvario.

El Martes Santo, al anochecer, sale de Santo Domingo, en su paso, un Cristo al que coronan de espinas, entre duros torturadores, que no saben que es ser Rey.

Es una imagen tallada en el siglo XVII, a la que el pueblo le ha puesto un nombre: el Señor de la Humildad, que es lo mismo que decir, el Señor de las humillaciones, por que nadie es tan señor como el que sabe aceptarlas para salvar al hermano.

Pero vuestra cofradía intuyó que el Cristo de la Humildad es Cristo de Soledad, soledad que se hace Madre en la Virgen que lo acompaña, porque

*La humildad en esta vida  
es virtud que hay que guardar,  
pues todo aquel que la cuida  
no se verá en soledad  
porque Dios jamás le olvida.*

Y el espectador replica: coronado de espinas, pero no sufrió como sufrimos los hombres, porque dicen que era Dios. Y otra Cofradía, domiciliada en San Matías, presenta a toda la ciudad la cruda realidad, de un Cristo flagelado, Nuestro Padre Jesús de la Paciencia, seguido de una Virgen, María Santísima de las Penas. Ellos supieron lo que era el dolor de los hombres y padecieron la maldad humana.

Y sigue preguntando el pueblo a los cofrades: Ante tanta injusticia, ¿qué hará Dios con nosotros? Desde el Albaicín viene bajando otra Dolorosa, cuyo nombre es la Aurora. Aurora de esperanza que se hace realidad en un Cristo quebrado por el martirio entre la sangre de claveles rojos, que se llama Nuestro padre Jesús del Perdón.

Del Pretorio a la calle de la Amargura que conduce hasta el Calvario. Son los Cristos Nazarenos que, en estos días, recorren toda Granada, para que nadie se olvide que es tiempo de Semana Santa. De nuevo la teología de nuestro pueblo va rimando en sus procesiones los nombres de Cristo con los de la Virgen, iluminando el mensaje del Evangelio que, hecho imagen en las imágenes, se proclama en la ciudad.

Cofradía del Santo Vía Crucis, cofradía pionera de Granada. Asentada en el corazón del Albaicín, en la Iglesia de San Juan de los Reyes, con la herencia de dos tallas, labradas en el taller de Juan de Mora. Cofradía que revive el antiguo Vía Crucis del Sacromonte, que Heríquez de la Jorquera reseñaba en sus crónicas.

La procesión se hace marcha con catorce estaciones. El Cristo va cami-



nando traspasado de Amargura. La Virgen lo viene siguiendo, anhelante, con sus lágrimas,

*mientras tu Albaicín, llorando,  
va sosteniendo tus andas.*

Por otra vez, las Cofradías se complementan en Granada, descubriendo misterios bajo el misterio, elaborando una teología integral. ¿Sólo Amargura y Lágrimas? En el mismo día, bajo la esbeltez de la Torre de la Vela, otro Nazareno con su cruz y otra Virgen con sus lágrimas salen de la parroquia de San Gil y Santa Ana, diciendo que tras la amargura se esconde el Gran Poder de Dios, y que en las lágrimas está brillando la Esperanza.

Hay que seguir ahondando el misterio. Y una cofradía joven, nacida en el convento de las Carmelitas Descalzas, donde se guarda la mística de Juan de la Cruz, cuando muestra al Nazareno, sólo le da un nombre, Nuestro Padre Jesús. Parece querer decirnos que ese Cristo caminando con su cruz, no es un extraño ni un advenedizo, sino el que ha engendrado la Granada cristiana, dándonos como Madre a la Virgen de la Merced con el único deseo de hacer de los granadinos una familia de hermanos.

*Cien saetas cantarán  
a Jesús el Nazareno.  
Ese Cristo que al nacer,  
sí que nació costalero.*

Ya no nos podemos quedar mirando y admirando las procesiones. Es el momento de tomar en serio el seguimiento de Cristo. Por eso se agolpa Granada en la Plaza de Santo Domingo. A hombros de costaleros marcha Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas, sostenido por un Cirineo y alentado por una Virgen que medita los misterios dolorosos del Rosario.

Parece que la Cofradía nos quiere decir con sus pasos que, seguir a Cristo es sentir sus misterios de cruz y de entrega, como los siente la Virgen del Rosario, y es hacerse Cirineo de tantos cristos aplastados que caminan todos los días por las calles de nuestros barrios y por los dolorosos senderos de nuestro mundo.

Por eso llenó Granada los ojos de la Virgen del Rosario con las aguas del mar y la hizo marinera, para que nuestro pueblo se abra generosa y solidariamente a los sufrimientos de toda la humanidad, mientras le va cantando

*Salve, Estrella de los mares,  
iris de eterna ventura;  
salve, fénix de hermosura,  
Madre del divino amor.  
De tu pueblo los pesares,  
tu clemencia de consuelo  
fervoroso llegue al cielo,  
y hasta Ti nuestro clamor.*



¡Qué largo debió ser el camino desde el Pretorio al Calvario! Por eso se multiplican las marchas de Nazarenos por la calle de la Amargura, para que Granada lo aprenda en su caminar de seguimiento.

Santísimo Cristo del Trabajo llaman al Nazareno en el Zaidín, dejando marcado en su rostro y en sus manos el dolor y el cansancio de nuestros trabajadores honrados. Y a ellos se les ha entregado la Luz de una Dolorosa, de la escuela de Alonso Cano, que llevan mujeres costaleras, recordando lo que Granada le debe de luz a la fe y a la entrega de sus mujeres y a los cuidados maternos de la Virgen María.

Del cerro de San Cristóbal, por la cuesta del Chapiz, bajan los albaicineros rodeando a su Nazareno y a su Dolorosa. En el Cristo dolorido descubren la Pasión de su historia y de su vida. Y en la virgen silenciosa, la Estrella de sus sueños y esperanzas. Y dice el canto con finura para que resuene en toda la ciudad:

*El Jueves Santo,  
por la cuesta del Chapiz,  
baja una Virgen con Pena.  
Viene del Albaicín  
y en Granada la pasean.*

Y cuando todavía la Carrera del Darro huele a incienso, a claveles y a Estrella, desde un convento, también albaicineros, baja otro Nazareno, que es la plenitud de la revelación del misterio. Es Nuestro Padre Jesús del Amor y la Entrega. Y el pueblo, recordando el Evangelio, canta una saeta a la Madre que le acompaña:

*Virgen de la Concepción,  
Concha te llama tu gente  
por amor y con razón:  
que una perla hubo en tu vientre  
que fue nuestra redención.*

Todavía no es Viernes Santo, pero Granada necesita estar ya en el Calvario, donde culmina la calle de la Amargura.

Nuestro Padre Jesús de la Meditación, despojado de sus vestidos, sentado sobre unas piedras, con la mirada perdida, meditando sobre su pasión y la pasión de los hombres, antes de ser crucificado. Y sorpresas de la historia. En los tiempos pasados fue el titular de la cofradía de los esclavos negros y mulatos que vivían en Granada. Ahora es de los universitarios, los que se preparan para hacer un mundo mejor. Pero negros, que vuelven a estar en Granada, y juvenil población universitaria, que llena nuestra ciudad, juntos y unidos, entre sí y con el Cristo, deberían meditar lo que ha intuído el poeta:

*Cual sería tu dolor,  
Cristo cuando te veías  
juzgado como un ladrón  
y tu ropa repartida  
por hombres sin corazón.*



Y cuando los problemas, que hay que afrontar, son tan grandes y complicados, surge la desazón y el miedo. Por eso acompaña una Virgen, afirmando con su nombre, que cuando hay fe y decisión todo tiene su Remedio.

Las Hermandades y Cofradías se apresuran a sacar a sus Cristos Crucificados, para que el pueblo no olvide el final tan serio de esta historia, de fe y de humanidad que Granada está celebrando.

El Martes Santo, ya nos sorprende el Zaidín, con el primer Crucificado, el Cristo de la Lanzada, confirmando oficialmente su muerte, y dispuesto a abrir su corazón ante tantos Longinos ciegos, que nunca han visto la luz. ¿Y qué es lo que hay que ver cuando se traspase ese pecho? La Virgen que lo acompaña lo está diciendo: es la Caridad, es decir, el amor que llega a entregar la vida para liberar y salvar a los hermanos, devolviendo la vista a los ciegos, proclamando una buena noticia a los pobres, y promoviendo una época nueva de gracia y reconciliación.

Es cierto que Cristo ha muerto. Pero, desde su fe, nos dice Granada: Cuando por amor se muere, y cuando la vida se entrega por caridad, la muerte se hace una fuente generadora de vida, capaz de transformar las tierras yermas en bosques como los de la Alhambra.

Cristo ha muerto, pero en la iglesia salesiana del Zaidín hay una Hermandad que al Jesús crucificado lo proclama Redención, y en la Virgen Dolorosa descubre a Nuestra Señora de la Salud.

*¡Zaidín entero te aclama!  
Todos tus hijos te invocan,  
todas las gentes te aman.  
El Hijo es la Redención,  
la Madre... ¡salud del alma!  
Ella, la gracia.  
El, el perdón.*

Y en marcha hacia el Sacromonte, el Calvario de Granada, sube otra Cofradía con su Cristo Crucificado y con su Virgen Dolorosa. Al Cristo el pueblo lo llama el Cristo de los Gitanos, mientras la Hermandad recuerda que es el Cristo del Consuelo. Y para todos la Virgen será la del Sacromonte, la que vive entre cármenes y cuevas.

Un pregonero de años pasados citaba un cante que me ha impresionado:

*Camino de su casa  
va por el monte.  
Los gitanos preguntan  
cual es su nombre.  
Pasa deprisa  
y es muy poco el consuelo  
pa el que precisa.*



Sus vecinos gitanos quisieran consolarlo en esa noche de luna y de hogueras, mientras lentamente va subiendo las cuestas del albaicín. Y él camina silencioso con la Virgen entre ellos, sus vecinos, queriendo consolar sus penas y sus dolores. ¡Qué fácil es entenderse cuando todos han sufrido!

Granada en el Viernes Santo se hace Jerusalén y Calvario.

Son las doce y un minuto de la noche. El pueblo no puede esperar. Se abren las puertas de la Iglesia de San Pedro, a las orillas del Darro, para dar paso a la procesión del silencio. Penitentes enlutados, ceñidos de austeridad y esparto.

*Cuatro faroles venían  
por la Carrera del Darro.  
En las ventanas del cielo  
los ángeles asomados  
dejaron llevar su angustia  
por Cristo crucificado.*

*¡Silencio, que pasa Cristo!  
que todo quede apagado,  
que se doblen las rodillas  
en ese suelo empedrado.*

Todas las miradas se quedan centradas en la imagen de ese Cristo enclavado, místico milagro tallado por las manos de José de Mora, que decía Gallego Burín que es "el más bello de los Crucificados andaluces". Los primeros que lo contemplaron, le llamaron Santísimo Cristo de la Salvación.

Después lo titularon Cristo de la Expiración. Y ahora todo lo reconocemos como el Cristo de la Misericordia, una de las revelaciones más radicales de todo el Evangelio, cuando el mismo Jesús establece como distintivo del cristiano el ser misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso, haciendo nacer el sol sobre los justos y los pecadores. La cofradía regona: ¡Silencio, Granada, que es Viernes Santo!

A las tres en punto de la tarde, toda nuestra ciudad se da cita en la Plaza del Príncipe, ante el Cristo de los Favores, porque no puede estar ausente cuando su Cristo se muere, sabiendo, como dijo un granadino, que aquel corazón dejó de latir para hacer que latiesen todos los corazones humanos. Y junto al Cristo llega la Virgen, Soledad en su Tránsito de las Siete Palabras, la que no podía faltar.

Pero el Cristo muerto a las tres de la tarde, quiere hacerse presente a toda Granada, porque por todos ha muerto, por los presentes y por los ausentes, porque todos son sus hijos y sus hermanos. Y la ciudad va a ser testigo de tres cercanas apariciones.

Por la cuesta de San Cecilio baja, camino del Realejo, un Cristo crucificado que también se llama de los Favores, favores que a nadie niega. Y, por eso



ha querido llamar a su Madre que le acompaña no Soledad sino Misericordia, porque antes de morir, mirando a su pueblo, le ha dicho: "Ese es tu hijo ahora".

Desde San Juan de Letrán, cerca de la estación de Andaluces, donde trabajan los ferroviarios, va caminando el Cristo de la Buena Muerte, el que fue carpintero tantos años en Nazareth. En su morir quiere que no se olvide que fue trabajador entre los trabajadores, a quienes deja en herencia una Virgen del Amor y del Trabajo.

También se aparece en las riberas del Genil, en el momento culminante de su muerte. Cristo de la Expiración y María Santísima del Mayor Dolor. Y en esa expiración, como explican los exegetas cuando comentan el Evangelio de Juan, Cristo entregó su aliento y su espíritu a la humanidad, para que surgieran un hombre nuevo y un mundo nuevo, como Dios lo había querido desde toda la eternidad.

A las siete de tarde, en Plaza Nueva, desde la torre de Santa Ana, las campanas doblan a muerto. Es la hora del entierro. Lo preside la Virgen en su Soledad de Calvario. Y en silencio y lentamente, el pueblo sigue a su Cristo yacente que marcha hacia su sepulcro, el que labraron nuestros padres, la Catedral, cuando fundaban en Granada la Nueva Jerusalén, la Hermandad ha querido titularse con el nombre de Santo Sepulcro, para custodiarlo con respeto y estar a la espera, sabiendo que si en su seno recoge la muerte de un Cristo crucificado, también en él la misma muerte quedará vencida, engendrando una nueva vida: la del Cristo resucitado.

El solemne entierro de Cristo en Granada, quiere recobrar la sencillez de la historia evangélica, en otro entierro que sale de esta Iglesia de San Jerónimo. En unas sencillas angarillas se lleva al Cristo muerto en la Sábana, al que acompañan los santos varones y mujeres que estuvieron de pie en la cruz, los que lo amortajaron, los que con cariño y dolor lo enterraron. Y de nuevo, Nuestra Señora de la Soledad que, con dolor contenido, no se decide a dejarlo.

*Soledad de Madre sola,  
que vas tras el Hijo muerto,  
que en blanca sábana portan  
José, Juan y Nicodemo.*

*Soledad te vió tan sola  
que te llevó al costalero  
y vives en soledad  
retirada en tu convento.*

El Sábado Santo quiere ser en Granada silencio, oración y espera. Pero el pueblo mira a la Alhambra. Sabe que la Virgen, en su soledad, ha encontrado su refugio en la iglesia de San Francisco, Talla de Ruiz del Peral. Virgen de la sexta angustia, estática en la contemplación del Hijo muerto en sus brazos. cuando ha llegado la noche, nuestro pueblo no puede dejarla sola y la reclama. Y sale buscando a sus hijos, cruzando la puerta de la Justicia, que labraron reyes moros. Y mostrando su dolor y el cuerpo muerto de Cristo, mientras baja por los bosques de la Alhambra y por la cuesta Gomé-



rez, le va diciendo a su pueblo que Dios quiere misericordia y amor, solidaridad y justicia, pra que otras madres no sufran lo que ella está sufriendo, ni para que otros hijos mueran como su hijo murió.

*La Virgen de las Angustias  
quiere a Granada,  
y por eso Granada  
también la quiere.  
No te olvides Granada  
de su palabra,  
que es palabra de Madre  
que nunca falla.*

No hay Semana Santa sin Domingo de Resurrección. En la vigilia del Sábado Santo, la comunidad cristiana ha renovado su bautismo y ha escuchado el pregón que proclama la resurrección de Cristo. Y Cristo resucita en Granada, tallado en imágenes nuevas, a hombros de Hermandades de gloria, que casi gemelas nacieron en 1985 a orillas de nuestra vega. A sus Vírgenes titulares una la llama Santa María del Triunfo, mientras la otra la proclama Nuestra Señora de la Alegría. Resurrección, Triunfo y Alegría: tres palabras sembradas en la esperanza cristiana, desde aquella noche de muerte y pasión, cuando Cristo, mirando a sus discípulos, constructores con El de un mundo nuevo, les decía que "en la vida tendréis apreturas pero, ánimo, que yo he vencido al mundo".

Termina la Semana Santa y es tiempo de "recogía". Las procesiones, a su vuelta, van depositando las imágenes de Vírgenes y Cristos en el silencio y la penumbra de las parroquias y los conventos. En el último momento, el capataz, delante del paso, dice a los costaleros: "¡Pararse ahí! ¡¡Ahí se queó!!". Después, como aconteció la tarde dle Viernes Santo en el Calvario, poco a poco todos se van marchando. Hermandades y cofrades se despiden, y la gente dice que dicen: "El año que viene tendremos otra vez nuestra procesión".

Pero yo digo que sólo eso no puede ser verdad, porque os he escuchado decir que tenéis un gran deseo: que todo el año Granada viva en el espíritu de la Seman Santa.

Hermandades y Cofradías, permitidme, para terminar, que en mi pregón también os pregone a vosotras. Pero no quisiera hacerlo con mi pobre voz humana, sino con la poderosa palabra de nuestro Cristo y con el corazón de la Virgen de las Angustias. Palabra y corazón que os hicieron renacer, tras muchos años de muerte, en nuestro siglo. Palabra y corazón que os alienta a crecer y a madurar, con la certera esperanza de que la debilidad del agua milagrosamente la pueden cambiar en el vigor del vino, como ya juntos lo hicieron en las bodas de Caná.

La verdadera Hermandad, la que lo es de verdad, dicen nuestro Cristo y nuestra Virgen, no es un grupo de románticos que con nostalgia recuerdan los tiempos antiguos de la ciudad, ni una asociación de narcisistas, absortos en su obra de arte, para mostrarla con orgullo cada año al pueblo que va por la calle.



Vosotros lo sabéis por experiencia. El cofrade de verdad ha de ser un cristiano y un granadino de hoy o dejar de ser cofrade. Cuando va en la procesión, acompañando a su Cristo y a su Virgen, marcha, en oración, lenta y comprometidamente soñando con ellos en el futuro de la nueva Granada, que entre todos tenemos que construir y que estamos construyendo. La verdadera Hermandad no ve la Semana Santa como el final de una obra que con arte supo modelar. Sabe que es tiempo de siembra, comienzo de un año nuevo, momento privilegiado para reanudar la marcha hacia la tierra prometida por Dios a su pueblo, siguiendo al Cristo que dice: "Venid conmigo, porque yo soy el camino, la verdad y la vida". Por eso el cofrade afirma que todo el año ha de ser Semana Santa en Granada.

Semana Santa de siembra, bajo la luna nueva del mes de abril, cuando la fe granadina se hace culto, se hace imagen, se hace procesión y marcha tras los pasos de nuestros Cristos y Vírgenes, que en silencio van gritando el Evangelio en Granada.

Y Semana Santa de espigas, la de todo el año, cuando la fe crece y florece en nuestros hombres y mujeres, nuevos cristos y madres dolorosas, que caminan por nuestras calles y barrios buscando y sintiendo como propios los dolores y problemas de nuestro pueblo, urgiendo y promoviendo soluciones como el Cristo del Rescate, entregando con generosidad su vida como el de la misericordia, transmitiendo la esperanza firme, como la de la Virgen, de que es posible hacer una Granada nueva, más solidaria y humana, porque Cristo ha vencido al pecado y a la muerte, y ha resucitado.

Cuando la Semana Santa de Abril haya terminado, ya habrá otro paso dispuesto en la calle. En su trono va Granada, soñando con su futuro de nueva Jerusalén. Se inicia la procesión de una Semana Santa que durará todo el año. La Virgen de las Angustias dirá entonces, a sus cofrades y granadinos: "Quiero que seais mis costaleros bajo el paso de Granada, tallada con cruces y sueños". Y sabiendo que será obedecida, nos dirá con autoridad y cariño, como dice el capataz en su mejor momento: "Vámonos con ella al cielo".



ESTE PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
DE GRANADA 1993,  
HA SIDO EDITADO POR LA  
CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,  
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTISÉIS  
DE FEBRERO, FESTIVIDAD DE  
SAN NÉSTOR, EN LOS TALLERES  
DE GRÁFICAS GRANADA.